

Gianpaolo Romanato (2021). *Le Riduzioni gesuite del Paraguay. Missione, politica, conflitti*. Brescia: Editrice Morcelliana, ISBN 978-88-372-3532-1, 412 pp. 412.

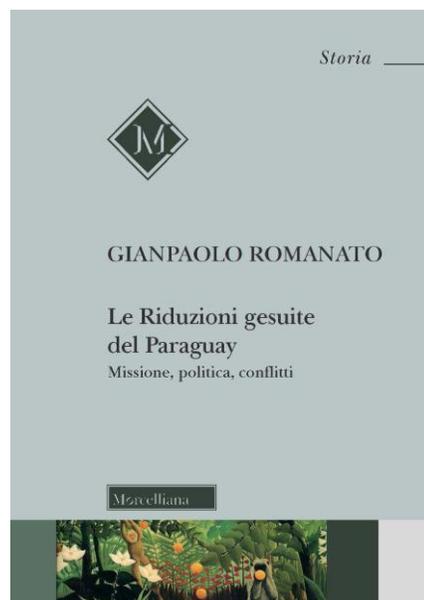
Paolo Mieli*

Las Reducciones, las misiones que los jesuitas organizaron en América Latina para convertir y "civilizar" a la población indígena guaraní, fueron un experimento extraordinario. Tuvo lugar durante un periodo de ciento cincuenta años, entre principios del siglo XVII y la segunda mitad del siglo siguiente. Las Reducciones se extendían por un vasto territorio situado entre los actuales estados de Paraguay, Argentina y Brasil. Fueron, en la controvertida historia de la colonización, algo insólito en el que la misión espiritual y comunitaria prevaleció sobre todas las demás. A mediados del siglo XVIII, se acusó a los jesuitas de haber acaparado ese territorio para ejercer sobre él "una jurisdicción independiente e incontrolada", con el fin de "acumular enormes riquezas en beneficio exclusivo de la Compañía". Pero no fue así. En 1767 los jesuitas fueron expulsados y esa experiencia única en la historia llegó a su fin. Gianpaolo Romanato lo repasa ahora en un libro fascinante, *Le Riduzioni gesuite del Paraguay. Misión, política, conflictos*, publicado por Morcelliana.

Romanato parte de algunos datos bien establecidos. En las Américas "conquistadas" por los europeos, las misiones fueron el único lugar donde los "indios" progresaron en lugar de retroceder. Por lo demás, fueron marginados, en el mejor de los casos relegados a funciones serviles: "Solo en las Reducciones pudieron desarrollarse, hacerse (relativamente) autónomos, autogestionarse, convertirse en artesanos, obreros, comerciantes, soldados, músicos, agricultores, ganaderos, administradores". El único camino que se les cerró fue el del sacerdote ("que", observa Romanato, "sin duda plantea algunos interrogantes"). Pero, aparte de esta legítima duda, todo lo demás era excepcional para la época.

* E-mail: paolo.mieli@rcs.it

La primera descripción italiana orgánica de estas misiones fue publicada en Venecia en 1743 por el historiador italiano más famoso de aquellos años, Ludovico Antonio Muratori (1672-1750). El libro de Muratori, *Il cristianesimo felice nelle missioni de' padri della Compagnia di Gesù nel Paraguai* (Sellerio), se basó en algunas cartas de jesuitas que trabajaban en Paraguay, así como en el informe del jesuita Caetano Cattaneo, que salió de Cádiz en diciembre de 1728 y llegó un año después, en diciembre de 1729, a Yapeyú (hoy en la provincia argentina de Corrientes). Textos "dignos de fe", ciertamente, pero que se remontan a más de diez años antes de que Muratori comenzara su trabajo. "Me parece -escribió Muratori- que el cristianismo del Paraguay es el único que goza de singulares privilegios, que sé que sobre él llueven todas las bendiciones de Dios". Aunque, señala Romanato, a Muratori "le faltaban noticias frescas, que le hubieran dado información de un tipo completamente diferente". De hecho, en aquel momento las misiones, en lugar de ser bendecidas por Dios, "se encontraban en graves dificultades y cerca de la derrota". ¿Por qué?



Los portugueses habían fundado Colonia del Sacramento en 1680 en el Río de la Plata, frente a Buenos Aires. Este fuerte, escribe Romanato, "ejerció una presión constante sobre los españoles, con una acción de desgaste militar y comercial que obligó a los gobernantes coloniales hispanos a repetidas intervenciones armadas para desalojar a sus rivales". Intervenciones en las que participaron las tropas guaraníes. Los indígenas que durante mucho tiempo fueron utilizados como mano de obra para los proyectos de urbanización. En rivalidad con los portugueses, las autoridades españolas contrataron cada vez más a los guaraníes no solo en operaciones militares, sino también en obras públicas como la construcción de Montevideo. Solo en los 50 años transcurridos entre 1680 y 1730, calcula Romanato, "hubo más de quince intervenciones de los guaraníes, con contingentes, algunos pesados, de cuatro mil hombres, que tuvieron que viajar muy lejos". En varios casos, los viajes mantuvieron a los nativos durante más de un año lejos de su tierra natal y de los asentamientos jesuitas. Durante estas operaciones los guaraníes "entraron en contacto con extraños y fueron sometidos a influencias que inevitablemente aflojaron el orden moral en el que se basaba la vida disciplinada de las misiones". A esto se sumaron las fugas y las deserciones.

"Ensanchar el abismo en torno a las misiones" fue entonces el uso de un gran contingente armado guaraní (tal vez doce mil hombres, miles de los cuales murieron en combate) en apoyo de los regulares españoles para sofocar la peligrosa revuelta "comunera", que estalló en Asunción y en los centros paraguayos involucrados en este tipo de levantamiento durante la década 1724-1735. Esta rebelión - "en la que", según Romanato, "se puede identificar

una anticipación de la independencia paraguaya"- fue inspirada por el mundo de los colonos criollos que, impacientes por la excesiva protección concedida por el gobierno a los indígenas, decidieron hacer valer sus derechos sobre la tierra, el trabajo indígena y las vías de comunicación". Y hacerlo "adoptando formas avanzadas de autogobierno local". La "revuelta comunera" es considerada actualmente por los historiadores como "uno de los episodios fundadores de la identidad del país".

Así, en el caso de España, el hecho de que los indígenas fueran llamados a defender las razones de Madrid cavó "un abismo entre las misiones y el entorno local". Un abismo que no pudo ser sanado en las décadas siguientes. Además, "los aspectos anticipatorios de la futura revuelta antiespañola y anticolonialista hicieron que la opción legalista y lealista de las misiones apareciera como una opción reaccionaria y antihistórica". El aislamiento de los jesuitas y de los guaraníes -precisamente por su lealtad a España- se hizo así total. Y las Reducciones "siguieron dependiendo únicamente de la cobertura del gobierno".

El general jesuita Francisco Retz (en el cargo de 1730 a 1750) estaba al tanto de todo esto. Como se desprende de algunas de sus cartas "llenas de pesimismo" sobre esas islas de aparente "cristianismo feliz". La realidad era mucho menos feliz de lo que podía parecer, como se deduce de una carta de Retz en la que menciona los "innumerables males que asolan estas misiones" (15 de julio de 1737). Pero el general Retz se cuidó de no denunciar públicamente lo que ocurría en las Reducciones. Por otra parte, justifica Romanato, "decir fuera solo lo positivo y callar lo negativo había sido siempre una costumbre de los jesuitas, desde el principio de su historia". En la vida de la Orden "siempre hubo cosas secretas que inspiraron a los guaraníes". Atrapado entre la espada y la pared, Altamirano, "a quien se le habían dado instrucciones que no permitían lagunas", no pudo hacer otra cosa que apoyar la intervención armada, según Romanato, poniéndose del lado de los verdugos.

Los guaraníes recurrieron entonces a un hábil comandante militar, Sepé Tiarajù, que dirigió una especie de guerra de guerrillas que duró hasta febrero de 1756, cuando Tiarajù fue asesinado. Privados de su líder, los indios "se derrumbaron y fueron masacrados, dejando unos 1.500 muertos y cientos de prisioneros". Luego, en pocos meses, las Reducciones se rindieron.

Además de los irreprochables guaraníes, fueron los jesuitas los que pagaron esta terrible factura, "a los que todo el mundo consideraba ahora traidores y traidoras, aunque nunca se ha demostrado que fueran responsables de la sublevación de los indios". Las dudas que desde hacía tiempo se cernían en Europa sobre aquella extraña e increíble "república de salvajes" construida por los jesuitas en América del Sur y las riquezas que, lejos de todo el mundo, ocultaba, "encontraron nueva vida tras la aún más extraña revuelta de los guaraníes que "no" podían haber actuado solos, por propia iniciativa". Las sospechas y acusaciones también fueron alimentadas por antiguos jesuitas, "probablemente motivados más por el resentimiento que por los argumentos". También fue despiadado el juicio unánime sobre la misión de Altamirano, "cuya conducta inflexible", explica Romanato, solo se justificaba "por el hecho de que conocía bien lo tenue que era el hilo que mantenía viva la Sociedad". El 2 de

abril de 1767, de hecho, "llegó el golpe definitivo" con el fin de la Orden en España. Seis años después, en 1773, la Compañía de Jesús fue también suprimida canónicamente por la Santa Sede, y con ella los guaraníes fueron definitivamente engullidos por la historia.

Mucho más tarde, un parlamentario escocés, Robert Cunninghame Graham (1852-1936), escribió un libro, *L'Arcadia perduta*. La historia de los jesuitas en América del Sur entre los siglos XVII y XVIII (Castelvecchi), en la que echa por tierra el "prejuicio anglosajón" de que las colonias españolas habían sido mal gestionadas y que los conquistadores hispanos habían resultado ser unos horribles "carniceros movidos por el único placer de la sangre". Observó, Cunninghame Graham, que después de la expulsión de los jesuitas de España, a pesar de los insultos y el "lanzamiento deliberado de lodo" contra la Compañía, nadie (o casi nadie) tuvo "nada que decir sobre las acciones de la Orden durante su largo gobierno en Paraguay". Ningún jesuita fue acorralado, "no se les imputó ningún delito". Incluso los motivos de su expulsión "nunca se dieron a conocer al mundo". Lo cierto es que, a los pocos años de su salida definitiva de las misiones entre Uruguay y Paraná, continuó Cunninghame Graham, "se extendió la confusión". En veinte años la mayoría de las misiones fueron abandonadas y antes de que pasaran otros treinta años "no quedaba rastro de su pasada prosperidad". Pero es justo que esta huella recupere ahora el lugar que le corresponde en los libros de historia.